

*Evaluación de los Aprendizajes. Un enfoque basado en competencias* de Julio Herminio Pimienta Prieto. México: Pearson Prentice Hall, 2008. 144 págs.

El autor nació en Cuba y en 1993 obtuvo la nacionalidad mexicana. Inició sus estudios en el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona de La Habana y los finalizó en la Escuela Normal Superior F.E.P. de la Ciudad de México. Licenciado en Educación con especialización en Matemática y doctorado en Educación (“Diagnóstico, Medida y Evaluación de la Intervención Educativa”) en la Universidad Anáhuac (México), Pimienta se desempeña actualmente como Profesor Investigador de Tiempo Completo y Coordinador Académico del Programa Doctoral “Diagnóstico y Evaluación de la Intervención Educativa” (MIDE) en la Facultad de Educación de la Universidad Anáhuac. Al momento cuenta con una vasta trayectoria como consultor y como docente en Educación Media y en Educación Superior (grado y post grado) en las áreas de Matemática, Didáctica y Evaluación Educativa, entre otras. Además ha escrito varios libros y artículos en relación a estas disciplinas desde un enfoque constructivista y en la línea de una educación por competencias.

El libro *Evaluación de los Aprendizajes: un enfoque basado en competencias* ofrece orientaciones para diseñar instrumentos para evaluar los aprendizajes de los alumnos en el marco de un currículo basado en competencias. Su autor entiende que esto es fundamental porque, si bien en México se está trabajando en la planificación por competencias, no se han atendido desde la misma perspectiva los procesos de evaluación. Este libro tiene el propósito de servir de guía a las demandas surgidas en la práctica de la evaluación en el aula. En él se recogen los intereses manifestados por los docentes con los cuales ha interactuado luego de que, en 2005, se editara su libro *Metodología Constructivista: guía para la planeación docente*. En palabras del autor: “en los últimos años he tenido la fortuna de acercarme a una cantidad considerable de profesores, y muchos de ellos me han comentado la necesidad de algo que sea ‘como una guía’ para diseñar las evaluaciones. [. . .] Aunque

cuidé las referencias y las citas durante todo el desarrollo del trabajo, de ninguna manera he pretendido que este sea un libro de consulta” (IX).

La obra está organizada en cuatro capítulos y un anexo. En el primero, “Brevísima introducción a la evaluación educativa”, se aborda la historia de la evaluación conceptualizando los modelos preponderantes en cada etapa y señalando su carácter procesual. En el segundo, “La evaluación del aprendizaje de los estudiantes”, se ofrece en primera instancia un marco de referencia para la evaluación en el aula estableciendo puntos de relación con el currículo basado en competencias que se ha implementado en casi todos los niveles del sistema educativo mexicano. Luego se detallan los procedimientos para evaluar los aprendizajes, describiendo las fases del proceso de evaluación en el aula. El tercer capítulo “¿Cómo evaluar los aprendizajes de los estudiantes?” detalla y ejemplifica métodos y recursos posibles de aplicar en la evaluación en el aula. El cuarto, “Ejemplos de pruebas para la evaluación de los aprendizajes de los estudiantes” ofrece una muestra de instrumentos para recabar la información, aplicables en las aulas de los diferentes niveles del sistema educativo. En el Anexo se hace un replanteo de la evaluación del aprendizaje en el nivel de educación preescolar y se recogen las reflexiones del autor a partir de los intercambios realizados con educadoras de México y de cinco países de Centro América (Costa Rica, El Salvador, Honduras y Nicaragua).

El aporte principal del trabajo es la orientación a los docentes en las formas de aplicar en su práctica de aula varios conceptos fundamentales sobre la evaluación del aprendizaje que, si bien suelen ser muchas veces manejados a nivel declarativo, no siempre se ven plasmados en las acciones con los estudiantes. Según el autor, el concepto “Evaluación como instrumento de mejora” se concreta a partir del momento en que los actores toman el control de sus aprendizajes haciendo uso adecuado de las informaciones que van obteniendo. En este sentido plantea que, a partir de los resultados de la evaluación, los alumnos deberían poder responder a preguntas tales como “¿Por qué obtuve este resultado y no otro? ¿Por qué aunque parecen iguales los

resultados, al comparar mi examen con los de otros compañeros, mi respuesta no es aceptada? ¿Qué debo hacer la próxima vez?” (28). Por su parte, los profesores deberían contestar interrogantes del tipo: “¿Por qué han obtenido esos resultados mis alumnos? ¿Es correcta la metodología que utilicé? ¿Estoy planeando las sesiones conscientemente? ¿Estoy evaluando con la técnica y el instrumento adecuados? ¿Estará bien construido el instrumento utilizado? ¿Estoy evaluando lo que he contribuido a desarrollar? ¿Evalúo atendiendo al programa de estudio o a mi ‘vasta experiencia’? ¿Diseñé una nueva evaluación, o simplemente apliqué la misma del año pasado?” (28).

Otro concepto es el del “Carácter procesual de la evaluación en el aula”. Al centrar la evaluación en los aprendizajes de los alumnos en el marco del desarrollo de competencias, se reconocen seis fases en el proceso a llevar a cabo por el docente que, según indica el autor, se inicia en la determinación de los propósitos y finaliza en la toma de decisiones a partir de los resultados. Este aporte se complementa con la descripción de cinco procedimientos para llevar a la práctica la tarea de evaluar a los alumnos. Muy oportunamente pone el énfasis en la importancia de trabajar a partir de tablas de especificaciones, dado que ellas son instrumentos muy pertinentes para garantizar que las tareas que se proponen a los estudiantes involucren todas las competencias a evaluar y, a la vez, impliquen poner en juego diferentes niveles de complejidad cognitiva. Además, se destaca el hecho de que, en el texto, se ofrezcan orientaciones prácticas para que los docentes aborden tareas de metaevaluación.

El libro también hace un recorrido bastante amplio por distintos tipos de instrumentos para recabar la información sobre el aprendizaje de los alumnos: guías de observación, de entrevista, de autoevaluación y de coevaluación; cuestionarios; escalas; pruebas objetivas, de respuesta construida y de desempeño; proyectos; portafolios. Además se ofrecen ejemplos de pruebas de diferentes niveles de complejidad cognitiva (“nivel de asimilación del conocimiento” en palabras del autor) para la educación básica (preescolar, primaria y secundaria), para la media superior y para la educación superior. Algunas son extraídas de los estudios nacionales e internacionales de

evaluación estandarizada de aprendizajes. (Al respecto de estos ejemplos, es necesario señalar la existencia de un error en la propuesta de evaluación sobre el tema “Figuras planas” que aparece al final de la página 97. La tarea pide trazar un rectángulo que contenga la mitad del área del que se presenta:  $16\text{cm}^2$ . Sin embargo, tanto en la solución que se ofrece como en el detalle del procedimiento a seguir para obtenerla se alude a un rectángulo cuya área es la cuarta parte de la figura dada:  $4\text{cm}^2$ ).

El carácter instrumental que el autor atribuye a su libro y la cantidad de temas relevantes que plantea sobre la evaluación de aprendizajes en el aula quizás sean algunas de las causas por las que el lector observe la ausencia de ciertas especificaciones en el trabajo. Hubiera sido muy útil agregar a esta “guía” orientadora para el docente datos sobre algunas formas prácticas para promover el uso de los resultados con sentido formativo. Así el autor expresa: “¡Cuántas veces después de entregar las ‘evaluaciones’ (simples exámenes) a los estudiantes, no realizamos ni el mínimo comentario!” (27), expresión que señala un hecho bastante común en las aulas. Sin embargo, el texto no hace aportes concretos al respecto de posibles formas para hacer buenas devoluciones a los alumnos con el fin de orientar los procesos de autorregulación de sus aprendizajes. Cuando se trata el tema de la validez de la evaluación se focaliza en la validez del contenido de los instrumentos, sin detenerse a tratar la validez del uso de los resultados, aspecto que contribuye especialmente a la evaluación para la mejora de los aprendizajes. De la misma forma, al hablar de la confiabilidad del instrumento de evaluación, el autor plantea que las calificaciones pueden estar afectadas por la subjetividad del evaluador porque “no hay claridad en los criterios de evaluación” (32). No obstante, al aludir a los referentes para la evaluación, solamente hace mención a las competencias establecidas en los currículos sin poner ejemplos de qué se puede hacer para garantizar que, a partir de ellas, se logre dar carga conceptual a las escalas de calificación que se aplican en el aula, hecho fundamental para asegurar que las valoraciones otorgadas por diferentes colegas sean consistentes. (Cabe señalar que estamos en conocimiento de que en

2010, Jorge Pimienta Prieto, en coautoría con Sergio Tobón Tobón y Juan Antonio García Fraile, publicó el libro *Secuencias didácticas: aprendizaje y evaluación de competencias* cuyo capítulo 4 dedica un apartado al tema del pasaje de las competencias a los criterios y las evidencias para establecer valoraciones consistentes).

De todas maneras, la obra ofrece interesantes insumos a los docentes para que los apliquen en forma inmediata a los procesos de evaluación de sus estudiantes. A la vez da pistas para seguir profundizando en ellos en la búsqueda de la mejora continua a partir de la reflexión y el intercambio sobre las prácticas en el aula.

*Beatriz Picaroni*

Universidad Católica del Uruguay